

preciable. Hizo muy bien el marqués de Sévigné, y si otra cosa hiciese, fuese un grandísimo bolonio.

Este carácter del marqués de Sévigné, que a primera vista puede aparecer algo idealizado, es, al contrario, muy real. Pertenece a la humanidad, no a la quimérica abstracción. La clase de sentimiento que le inspira lady Falkland, y en que hay piedad de devoto y ansias de soñador, no lo considerará inverosímil sino un psicólogo superficial.

* *

El caso del marqués existe, y responde a una poética sed de emoción y de abnegación, propia de las almas finas, y en que vibra, secretamente, bajo un velo de reserva, la cuerda del entusiasmo.

Nacido para las grandes empresas, las luchas sublimes, los heroísmos y las exaltaciones, el marqués de Sévigné, como militar, no ha podido salir de agregado de Embajada, y como sentimental, de la vulgar aventura, tan pronto iniciada como puesta en olvido.

La casualidad, la suerte, lo han dispuesto así: él espera algo que no llega nunca, y entretanto las canas van nevando en sus sienes, el otoño se acerca, la juventud se refugia en el corazón...

Al encontrarse en Constantinopla — la escena pasa a orillas del Bósforo azul y verde, irisado de matices de rosa carmínea — con lady Falkland, al acompañarla en sus paseos en caïque, al recorrer con ella, amistosamente, los barrios pintorescos de Stambul, el amor se despierta, y en una naturaleza romántica, toma el carácter de pasión, reconcentrada, muda, que envuelve el don de la vida.

Y mientras él guarda como un tesoro su secreto, otro hombre, más osado porque no ama, se le adelanta: es el cómplice de lord Falkland, un vividor probablemente arruinado por los vicios y el juego, que, ofreciendo protección a la perseguida dama, la hace suya.

* *

Más frecuente es de lo que se piensa esta clase de error de la mujer, que no sabe (ni puede, a la verdad) discernir, a simple vista, y elige lo peor, pues cabe peor en todo.

Y no es esta la más grave equivocación que sufre la mísera lady Falkland (muy bien creada por María Guerrero). Aun después de que el puñal del marqués la venga, la salva y la hace libre, no sabe adivinarlo: cree que debe su salvación al príncipe, y así lo proclama en presencia del mismo marqués de Sévigné.

La desilusión que éste sufre es cosa natural, es el último rasgo de su figura; y no perdonará a la mujer amada que no haya sabido percibir que sólo un hombre, entre los que la rodean, fuera capaz de tal «gesto». No se lo perdona; y no cabe que aquellos dos seres rectifiquen su destino. Lady Falkland se irá sola por el mundo, y el marqués entrará en la vejez, sin haber disfrutado un minuto la dicha que ha logrado entrever un instante.

Este drama íntimo de un alma es cien veces más digno de interés que el truculento drama del asesinato, pero toda la obra está llevada con sumo arte y habilidad escénica, y, por supuesto, vestida y presentada del espléndido modo que se acostumbra en los dominios de María y Fernando.

* *

Mientras suspenden el ánimo estas fábulas bien tejidas (aunque no sin efectismos, lo confieso), no se acuerda uno de lo que pasa por el mundo, y eso va ganando.

Porque pasan cosas bien tristes y espantables. Y cosas anónimas, que es más.

Siquiera antaño conocíamos, como si hubiésemos vivido cerca de ellos, por su popularidad, a los jefes que guiaban a los combatientes, y oíamos los rumores, los ecos de la lucha.

Hoy son masas, ingentes masas de hombres, que se aplastan y se destrozan en silencio, en el fondo de una trinchera, entre nieve, cieno y terrones desprendidos. Nunca se vio guerra más inmensa, y nunca más oscura, mate y sorda.

Sólo las bombas y los zepelines la amenizan un poco...

Sus consecuencias son la esfinge, el enigma teba del porvenir.

No creo que nadie atine a vaticinar cosa alguna, con probabilidades de acierto; lo cual no quita para que salgan profetas espontáneos, afirmativos y originales.

Tiene esta guerra el don de encender los ánimos

y provocar las disputas, aquí donde la conservación de la neutralidad debiera ser un dictado del instinto de conservación. Se ha hecho de esta guerra encarnizada cuestión política; en eso ha degenerado, y no hay un movimiento sincero del ánimo, sino finalidades, ardid y segundas intenciones.

A pesar de las contingencias terribles que nos acarrearía la ruptura de la neutralidad, no falta quien tenga el incomprensible valor de desdeñarlas, y hablar de auxilios, intervenciones, y ¡hasta conquistas! ¡Por Dios, llamen inmediatamente a un cerrajero, que nos forje una llave grande, recia, o moderna, chiquita, de estilo muy contemporáneo, con la cual cerremos herméticamente el sepulcro del Cid Campeador! ¡Porque ahora nos conviene mucho que no se alce el de la velida barba, cerrado el puño, tizona en ristre, para ensanchar a Castilla!

Si; ¡el asunto ha adquirido, no un color, sino los varios colores de las simpatías políticas de cada quisque!

* *

Hay quien supone que, de triunfar Alemania, restauraría aquí la Santa Hermandad, la Inquisición, los golillas y los mayorazgos; hay quien entiende que, de triunfar los aliados, se establecería en España el pacto signalagmático bilateral, el falansterismo, y no quedaría un cura para un remedio. *Trop d'imagination.* ¡Siempre montados en Clavileño, y siempre esperando de afuera lo que sólo de dentro puede venir en condiciones de viabilidad!

España se ha forjado sistemáticamente estas ilusiones. En 1808, había partidarios de las nuevas ideas, que todo lo esperaban de las tropas de Napoleón. Pocos años después, también se esperó de tropas francesas lo contrario exactamente. Hasta en los rusos fiábamos, y por eso cierta canción liberal rezaba:

Dicen que vienen los rusos
por la esquina del Cantón,
y los rusos que venían
eran sacos de carbón.

Las candidas esperanzas fundadas, cuando perdimos las colonias, en auxilios y arbitrajes, no hay que decir cómo se desvanecieron.

La historia marcha, pero no en un sentido rectilíneo, sino mil veces haciendo zigs-zags y mordiéndose la cola como la serpiente de Vico.

* *

Y los grandes pueblos enzarzados ahora en tal y tan grave contienda, ¿qué sabemos cómo saldrán de ella, sean vencidos o vencedores?

He oído acerca de este punto concreto hipótesis que no concuerdan con la opinión general y superficial.

Según estas suposiciones (de las cuales no me hago solidaria), después de la paz, Alemania será el país de las libertades civiles más amplias y de orientación más democrática, y en Francia se restaurará la noción de autoridad, como ya se ha restaurado el patriotismo, esto ya antes del conflicto, por un impulso de sentido común y por una ley defensiva, cuyos efectos se imponen...

Crear que todo va a quedar como antes (salvo tal vez en Inglaterra, que es el país donde la capa de tierra vegetal es más honda, y por consiguiente, van más profundas las raíces de los árboles) sería peregrina suposición. Cambios, y enormes, tiene que producir esta convulsión tan duradera y tan terrible.

Hay, contenidas en ella, muchas lecciones, y lecciones fáciles de aprender, porque los pueblos van siendo mayores de edad.

Una transformación germina sobre los campos de batalla, o por mejor decir, dentro de los fosos y trincheras ensopeados de sangre, donde tiritan millones de seres humanos.

Algo *deviene*, digámoslo con un galicismo.

Por eso es prematuro cuanto cavilen nuestros políticos de Congreso y olla.

Por eso quizás no es oportuno hacer demostración alguna, ni germanófila ni francófila.

Ello dirá....

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Deseando están los empresarios algo que los saque a flote, la obra sensacional y llena de brío que sea el *clou*, pase el modismo francés, de la temporada.

Supongo que, a pesar de ser tan entretenido e interesante *El hombre que asesinó*, estrenado por la compañía Guerrero-Mendoza, con todo el aparato y esmero de costumbre, no conseguirá una serie satisfactoria de llenos.

Desde luego, primer percance, el abono de las niñas, el virginal y blanco, no admite tales obras. Y lo picante es que a ésta la substituyen con otra de D. José Echegaray, que en otro tiempo era el coco, el terror de los hogares, y del cual me afirmaba un respetable religioso ¡que sostenía el amor libre!

Verdad que al preguntarle yo a dicho religioso en cuál de sus dramas abogaba D. José por tan nefanda libertad, hubo de contestarme:

— ¡Yo no puedo perder el tiempo en leer novelas ni dramas!

Pues de aquel mismo D. José vitando, antisocial, echan mano ahora los empresarios puestos en apuro, para no ofender los inocentes oídos de las señoritas casaderas...

* *

No hay cosa que no la cambie el tiempo, y, releyendo, se asombra uno de que ciertas obras asustasen antaño.

Y, francamente, tampoco *El hombre que asesinó* es ningún ariete contra la sociedad. No acierto a ver en él nada de disolvente, ni nada especialmente inmoral, aunque el cuadro sea el de un medio ambiente algo ligero, pero no más de lo que a cada paso vemos por ahí.

Lo único repulsivo es la unión de tres personajes, una mujer y dos hombres, para torturar, infamar y perder a una señora, al principio inocente, y a quien ellos, con frío cálculo, llevan al abismo. Estos malvados repugnan; pero no se quedan sin su merecido: el más culpable, que es lord Falkland, autor de una asechanza contra la honra y la seguridad de su mujer, cae atravesado por certera puñalada, y la mano que hace justicia es la de un hombre que profesa a lady Falkland respetuosa adoración, de paladín, de moderno Amadís de Gaula. El hombre que asesina, es el que en el drama encarna la honradez, la dignidad y el espíritu justiciero.

* *

Como siempre hay gente descontentadiza, no faltó quien reprochase al marqués de Sévigné el no haber enviado a lord Falkland los padrinos, sin ver que sería la bobada más inefable.

Aparte de que lord Falkland pudiera muy bien ser quien rompiera la cabeza o traspasase el pulmón a su adversario, y entonces lady Falkland se quedaba sin defensor y en desamparo completo, con el sistema del «lance de honor» conservaba en su poder el traidor marido el papel que comprometía a su mujer, papel arrancado por la fuerza. No cabe tampoco que, después de conocer a lord Falkland, quisiese nadie medir armas con individuo tan des-